

Un investigador por los caminos de Andria

Susana Arias¹

Resumen

A partir de entender a la ciudad como sistema cultural que organiza el espacio donde transcurre la vida de los seres humanos, el trabajo propone pensar el hábitat como experiencia subjetiva. Lugar donde se producen transformaciones, déficits e intervenciones constantes en el medio social, generando procesos de desafiliación, exclusión, ruptura de lazo social que arrasa con la cohesión de los habitantes entre sí. Revisar dichos procesos, para comprenderlos, permitiría desnaturalizar la fragmentación social contenida en la representación social hegemónica respecto de las figuras del excluido, el desigual, el extraño. Apunta a comprender de un modo distinto a la inclusión, para permitir el desarrollo de una nueva disponibilidad subjetiva en el ciudadano.

Palabras clave

Ciudad, Subjetividad, Exclusión, Estrategias discursivas, Violencia, Integración.

Abstract

Starting from understanding the city as a cultural system that organizes the space where the life of human beings goes by, this work proposes to think of the habitat as a subjective experience. A place where transformations, deficits and constant interventions take place in the social environment, generating processes of disaffiliation, exclusion, breaking of social bond that crumbles the cohesion of the population. Reviewing these processes, in order to understand them, would allow us to denature the social fragmentation contained in the hegemonic social representation in relation to the figures of the excluded, the unequal, and the stranger. It aims to understand inclusion in a different way, to allow the development of a new subjective existence in the citizen.

¹¹ Lic. En Psicología (UBA). Especialista en Educación. Cursando la Maestría en Docencia Universitaria (UBA). Docente en la Facultad de Humanidades, Carrera de Psicología, materias Psicología del desarrollo I y II. Facultad de Ciencias Económicas, Carrera de Licenciatura en Recursos Humanos, materia Psicología General.

Keywords

City, Subjectivity, Exclusion, Discursive strategies, Violence, Integration.

Introducción

“Pigmaei gigantum humeris impositi
plusquam ipsi gigantes vident”

[If I have seen a little further it is by
standing on the shoulders of Giants]
Isaac Newton²

En sus comienzos, la ciencia moderna se encontró en una situación extraña e incluso paradójica. Estableció la precisión como principio indiscutible, afirmó que lo real era geométrico en su esencia y estaba sometido a la determinación y a la medición rigurosas, descubrió y formuló matemáticamente leyes que le permitieran deducir y calcular la posición y la velocidad de un cuerpo en cada punto de su trayectoria y en cada momento de su movimiento y, sin embargo, no era capaz de utilizar nada de esto porque no tenía medio alguno para determinar una duración ni para medir una velocidad. Sin esas mediciones, las leyes de la nueva dinámica seguían siendo abstractas. Para darles un contenido real era indispensable poseer los medios para medir el tiempo. ¡Organa chronou!, ¡orologgi!, como los llamó Galileo Galilei, relojes de precisión, los llamamos nosotros. En la medida en que en la ciencia era difícil lograr la precisión y, por ende, los resultados sólo tenían un valor aproximativo se hacía necesario perfeccionar los métodos experimentales empleados.

En la historia de los conocimientos científicos encontramos a cada paso momentos como estos, que muestran cómo en toda investigación científica y aun en los experimentos, a veces extremadamente ingeniosos, que suelen derivar en descubrimientos relevantes se producen tropiezos, tanteos, glosas, rupturas, exclusiones, hallazgos, iluminaciones.

² “Si he visto un poco más allá es porque me he parado en hombros de gigantes”. Esta frase, que tiene una larga tradición dentro y fuera del mundo académico, Newton la escribió en 1676 en una carta a Robert Hooke, uno de los grandes científicos de la Ilustración que polemizó con el gran matemático acerca de la autoría de su trabajo sobre la gravedad.

El investigador va construyendo el conocimiento y en ese avance, que las más de las veces no sabe bien hacia dónde lo conducirá, emerge de pronto una nueva configuración, repentinamente el sentido surge esclarecido, luminoso. Cada científico forma parte de una filiación de cuya teorización se apropia, e inscribiéndose en una determinada perspectiva de transmisión hace de su oficio un arte, una ciencia, una manera de estar en el mundo. Pero, como también la historia ha mostrado, no alcanza con compartir el mismo árbol genealógico, con vivir bajo el mismo techo de los padres fundadores, es necesario construir lazos y relaciones significativas con amigos, vecinos, colegas de trabajo, importantes desde el consenso o el disenso, estén vivos o muertos, tratando de encontrar en las teorías habidas lo que podría ayudar a quienes se desempeñan en la práctica, dándoles a conocer aquello acerca de lo que necesitan saber más.

Reconocemos a la ciencia como un camino. Su naturaleza misma lo es. De ella podríamos decir, en primer lugar, que es un lenguaje, el pensar de una época. Está hecha de modelos racionales, imágenes icónicas e intuiciones que pensamos como un trayecto, quizás un tránsito, antes que como una obra cerrada. Una pregunta inicial permite decidir un programa que habría de ser desarrollado a la manera de una aproximación a aquello que, por encima de todo, sigue constituyendo el origen de un pensar: la investigación por el sentido. Ante esto, cabe preguntarnos en qué tradición se puede presentar una ciencia que no se hace comprensible sino como un camino. En la historia de la ciencia ha sido la proximidad de las investigaciones entre pensadores, proximidad que presupone también cierta distancia y diferencias entre ellos, la que consiente comprender el progreso de los conocimientos y el lugar del científico mismo.

El carácter impreso en el presente trabajo deriva de nuestra lectura de la propuesta convocante: *Hábitat. Espacio para el desarrollo*. Emprendiendo un camino que, sabemos, no conduce de antemano a ninguna meta prefijada y pretendiendo que esta deriva, lejos de significar una limitación, sea precisamente lo que nos conduzca a pensar como investigadores, asumimos la posición de quien, haciendo suyo al saber en tanto incierto, sugiere que una ciudad, en principio invisible, es su único y último horizonte.

Con una visión newtoniana del progreso científico, basada en la convicción de que somos enanos sentados sobre los hombros de los gigantes, iremos ensamblando y sincronizando un espacio y un tiempo textual cuya cartografía, como la vida, se traza a

medida que se va recorriendo, a partir de una matriz simbólica que, desde su misma puesta en movimiento, al transmitir una cierta experiencia de vida, inaugure una vida social cierta.

Emprendiendo junto a nuestro investigador eventual un viaje imaginario por una de las ciudades soñadas por Italo Calvino en *Las Ciudades Invisibles* (Calvino, 2007) nos proponemos algunas reflexiones a partir de y para llegar a dar cuenta de la idea de hábitat como experiencia subjetiva.

En la construcción del mapa del sujeto y la de una realidad que, de un modo contingente, se erige conteniéndolo, el itinerario comprendería desinvisibleizar lo invisible, invisibilizando lo visible, recorriendo con profundidad ciertas superficies, desde el centro hacia las periferias, tratando de llevar claridad donde lo oscuro de algún discurso devenido hegemónico intenta habitar nuestras representaciones incidiendo en el “adentro” y el “afuera” de lo que, de acuerdo a sus propios intereses, quede establecido como verdadero o falso. Entendiendo que la regulación del discurso se produce delimitando las condiciones de su uso, es nuestro interés quitar los brillos enceguecedores de ciertos conceptos e iluminar otros en una relectura que no tome esta suerte de oposiciones, como las mencionadas, desde su aparente contradicción sino planteando su carácter paradójico y, como en banda de Moebius, pensar que las dos caras que conforman el par supuestamente opositivo, se confunden en un solo camino.

La ciencia, como cualquier ciudad, se va construyendo

“De buenas a primeras percibí como en embrión
otra manera de leer los textos con los que había
estado luchando”

Thomas Kuhn (1996:11)

En la investigación científica como en la literatura nada es casual, a partir de distintos juegos de lenguaje, según sea el caso, se siguen construyendo diversos universos imaginarios con los cuales explicar el mundo, los fenómenos, las experiencias de vida cotidiana.

Criticando cierta concepción purista asociada al ámbito investigativo, Thomas Kuhn nos revela que: “De buenas a primeras [...] otra manera de leer” (1996), y no se trata de que este historiador de la ciencia haya tenido, de pronto, un destello de genialidad sino que esa otra manera de leer surgió a partir de haber ensayado otro modo de interpretar los textos, también de que haya encontrado un acercamiento al modo de leer lo previo que acompaña a toda investigación. Con su nueva manera de leer los textos el investigador alcanza un conocimiento metacognitivo que está referido a los procesos mentales que él mismo realiza en pos de lograr conocimiento y, para ello, es necesario que trascienda la captación inmediata del concepto, axioma, fenómeno, o realidad que pretende conocer. Reconsiderar su modo leer surgirá, entonces, a partir de reflexionar acerca de ese: “de buenas a primeras”.

En el mismo sentido y refiriéndose a la creación literaria, Calvino, en su ensayo *Mundo escrito y mundo no escrito*, sugiere al escritor asumir una posición de espectador cuando se trata de describir y comprender realidades. Entiende a la observación fenomenológica como “...un desgarrar el velo de las palabras y de los conceptos para poder ver el mundo como si apareciese por primera vez a nuestros ojos” (Calvino, 2006). Y en su *Autobiografía de un espectador* (Calvino, 1999) afirma que solo siendo un espectador “puro” es posible construir un “espacio abstracto”, es decir, adoptando una posición plenamente objetiva y centrándose en la materia física recuperaría una distancia de sí mismo saludable para comenzar a comprenderse, comprender su historia y su futuro, tanto individuales como colectivos. Método racional, válido, según él, pero insuficiente a la hora de fundar una nueva metanarrativa. Calvino pretende que la literatura influye en el conocimiento del mundo, al interpretarlo.

Una contribución relevante respecto de la articulación entre el ser como experiencia temporal, el suceder y el conocer es la de Humberto Maturana y Francisco Varela, quienes desde el sesgo de la bioantropología, asumen que el sujeto en su observación, modifica aquello que observa.

En el “Prefacio” a la obra *El árbol del conocimiento. Las bases biológicas del entendimiento humano* (Maturana y Varela, 2003), Rolf Behncke C. expresa que, según los autores, si queremos dar cuenta de nuestro propio conocimiento como seres

observadores, estamos imposibilitados de emplear el concepto “conocer” como un conocer objetivo, independiente de nosotros mismos. “No tenemos acceso a nuestro propio campo cognoscitivo desde fuera de ese campo. Debemos resignar la idea de una cierta objetividad para discernir entre ambiente ‘real’ y percepciones del mismo” (*ibid.*: XVIII). Esto se desprende de la explicación de Maturana y Varela, acerca de que nosotros: “No vemos el espacio del mundo, vivimos nuestro campo visual; no vemos los ‘colores’ del mundo, vivimos nuestro espacio cromático” (*Ibid.*:10). Y amplían el concepto afirmando que “todo acto de conocer trae un mundo a la mano” (*Ibid.*:13).

El conocimiento humano está enraizado en la base biológica del ser cognoscitivo, involucrando por entero al sujeto que conoce. Ese “...traer a la mano se manifiesta en todas nuestras acciones y en todo nuestro ser.” Plantean una continuidad “...entre lo social y humano y sus raíces biológicas” (*ibid.*:14), al sostener que nuestra realidad está condicionada por nuestra propia idea de mundo, idea que, a la vez, es compartida socialmente y se vehiculiza a través de la cultura.

Cuando las nociones de tiempo y espacio, propuestos por la física clásica, dejaron de ser reconocidas como conceptos universales cambió nuestro mundo, aunque realmente las formas físicas del espacio y del tiempo se mantuvieron sin variación, y lo que claramente varió fue la estructura psicológica que constituía y sostenía aquel mundo que acabábamos de dejar³.

Andria, una ecología universal

“No existe un sentido de la historia que no
sea la historia que sentimos...”

Manuel Castells (2001:25)

Entre sorprendidos y estupefactos, los pobladores de Andria, escucharon al visitante que, considerándolos parte de un cielo inmutable, les sugería no introducir ni en la ciudad ni en

³ Para profundizar acerca de la crisis de nuestra experiencia del espacio y el tiempo ver los interesantes ensayos de Fredric Jameson y David Harvey.

sus costumbres, el más mínimo cambio. La sensación de una homogeneidad continua y uniforme iba congelándoles la carne.

En su planteamiento sociológico, Manuel Castells entiende por ecología a "...una serie de creencias, teorías y proyectos que consideran a la humanidad como un componente de un ecosistema más amplio y desean mantener el equilibrio del sistema en una perspectiva dinámica y evolucionista" (Castells, 2001:137). Por otra parte, en esa evolución los seres humanos se han dado a la ciudad como forma de organización dinámica en la cual los individuos entre sí coordinan acciones, usos lingüísticos, narrativas personales y sociales, construyen su identidad y su historia.

Ensayemos, entonces, un recorrido por Andria, cuyos habitantes están convencidos de que la ciudad y el cielo jamás permanecen iguales (Calvino, 2007) y, siguiendo a Castells, agregamos que la transformación de la ciudad y la nuestra "...puede conducir por igual hacia una gama completa de cielos, infiernos o infiernos celestiales" (Castells, 2001:25-26).

Las ciudades, nos dice Calvino, son un conjunto de muchas cosas. Un conjunto de memorias, de deseos, de signos de un lenguaje. Son lugares de trueque, de intercambio no sólo de mercancías sino también de recuerdos, deseos y palabras (Calvino, 2007).

Ciudades que se erigen, entre otras, sobre las ideas de límite, frontera, dimensión y continuum, ideas éstas que aparecen y desaparecen una y otra vez en los relatos de estos lugares imaginarios y que van uniendo fragmentos de discurso que conforman un ensamblaje preciso en la organización singular del texto. Ideas que pese a sus reformulaciones a lo largo de la historia de la física y, más aún, de generar interesantes controversias respecto de sus desarrollos en diversos campos discursivos, siguen encendiendo el debate tanto cuando se trata de comprender la naturaleza del Universo en el que se inscribe nuestra Andria como de intentar explicar el entramado de las experiencias de vida de sus habitantes.

En Andria es "tan perfecta la correspondencia entre la ciudad y el cielo, que cada cambio en ella comporta alguna novedad en las estrellas,..." Y del carácter de sus habitantes en particular, expresa que de ellos "...merecen recordarse dos virtudes: la seguridad en sí

mismos y la prudencia.” Convencidos, decíamos, de que toda innovación en la ciudad influye en el diseño del cielo, antes de cada decisión calculan los riesgos y las ventajas para ellos y para el conjunto de la ciudad y de los mundos” (*Ibid.*:159). Importante advertencia a ser tenida en cuenta por parte de especialistas y habitantes en general: si pretenden ciudades más vivibles, más justas, más humanas, deberán calcular las ventajas y los riesgos también para los otros mundos!

Adecuándose a la perspectiva holística desde la cual Castells propone su concepto de ecología advierten, entonces, que no se trata solo de nosotros y nuestro Universo, se trata también del resto del Cosmos! “Andria simboliza una ecología universal” (Vázquez, V. 2010).

“¿Qué es hoy la ciudad para nosotros?”, se pregunta Calvino en una conferencia en la Graduate Writing Division de la Columbia University de Nueva York, el 29 de marzo de 1996⁴. Y responde que “...es cada vez más difícil vivirlas como ciudades”, nos acercamos a la crisis de la ciudad urbana “y las ciudades invisibles son un sueño que nace del corazón de las ciudades invivibles”. Agrega que la crisis de las grandes ciudades es la contracara de la crisis de la naturaleza y que la idea de “...la megalópolis, la ciudad continua, uniforme, va cubriendo el mundo...” (*Ibid.*:15).

Es sabido que frente a las crisis, pueden aparecer los síntomas. He ahí los movimientos urbanos, definidos por Castells como los “...síntomas de nuestras propias contradicciones [...] Producen nuevo sentido histórico —en la zona crepuscular de pretender construir dentro de los muros de una comunidad local una nueva sociedad que saben inalcanzable.” (Castells, 1989 331).

A pesar de ello, las intervenciones sociales no son neutras y es por eso que pueden resultar eficaces.

Avatares modernistas de la predestinación

“La neutralidad psíquica tiene el status de un ideal,
irrealizable”

⁴ El texto de la conferencia aparece incorporado en ediciones posteriores como “Nota Preliminar”.

Saül Karsz (2010: 34)

Pordioseros incorregibles, vagabundos holgazanes, pobres limosneros, leprosos incurables, locos sueltos, indigentes válidos, inválidos mendicantes, los extranjeros...,son los extraños para la ciudad que, a lo largo de los siglos y cada uno a su turno, han sido los protagonistas afectados al “gran encierro”, como lo llamó Michel Foucault (Foucault, 2018), y de los cuales la ciudad se esforzaba por hacerse cargo. Eran hombres y mujeres que chocaban menos con fronteras geográficas o políticas que con fronteras sociales. La movilidad social que, para la época era más importante aún que la movilidad física, y la dificultad para distinguir en muchos casos la condición jurídica de la condición social de los individuos, resultaron cuestiones bastante delicadas para los especialistas a la hora de esbozar su evolución.

En la Francia de la década de 1830, la explosión de las desigualdades generada por el desarrollo del capitalismo se convirtió en el hecho social más importante y serían los miserables⁵ quienes se deberían sentar en el banquillo de los acusados dado que se consideraba que su conducta era la principal causa de su condición paupérrima. De este modo, las desigualdades resultaban moralmente justificables y tranquilizadoras para el resto de la población.

Los vicios de la clase obrera, causa principal de su miseria y, por consiguiente, de las desigualdades extremas respecto de sus conciudadanos, se convirtió en el tema central de investigación en la obra de notables estudiosos, muchos de los cuales bajo la marca de la época, sostenían que el remedio contra la pobreza descansaba, entonces, en la buena conducta por parte de los pobres. Más aún, había quienes pensaban en la miseria como algo positivo para la sociedad. Charles Dunoyer, uno de los grandes ideólogos de la Monarquía de Julio⁶, en 1845 escribió:

⁵ En referencia a la obra, *Los Miserables*, de Víctor Hugo.

⁶ La Monarquía de Julio es el nombre con el que se suele designar al período histórico que se desarrolló en Francia desde 1830 a 1848, entre dos de los principales procesos revolucionarios considerados ciclos de la revolución liberal o burguesa: la Revolución de 1830, también llamada «Revolución de Julio», y la Revolución francesa de 1848 o «Primavera de los Pueblos».

“¿Encontráis que ella [la miseria] es un mal horrible? Añadid que es un mal necesario. [...] Es bueno que en la sociedad haya lugares inferiores donde se vean expuestas a caer las familias que se conducen mal. [...] La miseria es ese temible infierno. [...] Quizá solo la miseria y los saludables horrores que la escoltan puedan conducirnos a la inteligencia y la práctica de las virtudes más verdaderamente necesarias para el progreso de nuestra especie y su desarrollo regular. [...] Ella ofrece un saludable espectáculo a toda la parte que sigue sana de las clases menos felices; está hecha para llenarlas de un saludable espanto; las exhorta a las virtudes difíciles que necesitan para llegar a una mejor condición”.

(Dunoyer (1845), citado por Castel, R. 2004:203)

Al postular que en una economía de crecimiento e innovación “...las superioridades [...] son la fuente de todo lo que se hace de grande y de útil [...] Reduzcan todo a la igualdad y habrán reducido todo a la inacción” (Dunoyer (1870) citado por Rosanvallon, 2015:121), el autor se ubicaba entre aquellos defensores de las desigualdades como un mal necesario porque, finalmente, terminaba resultando útil.

Las transformaciones de las “estrategias discursivas” que, en el devenir histórico, se han ido instalado como hegemónicas interpelan, en su materialidad, los presupuestos ideológicos que conforman el entramado que será el basamento de la argamasa constitutiva del sujeto, produciendo, a la vez, efectos en sus percepciones de la realidad tanto como en sus prácticas concretas sobre ella y para con sus semejantes. Llamarlas, intencionadamente, “estrategias” visibiliza su no neutralidad en la construcción de la subjetividad y también en la normalización del pensamiento. En efecto, las estrategias discursivas dominantes tienden a normalizar el pensamiento naturalizando ciertos sintagmas, al punto de concebirlos como constitutivos del Universo y, aun, del ser del humano.

Los conceptos construidos esencialmente de memoria y no de hechos objetivos, con sus diversas historias engramadas en un contexto político, sociológico y económico van conformando, a la manera de capas geológicas, la arqueología de nuestra memoria

individual, social y hasta ancestral, y enseñan no pocas cosas sobre la evolución de las mentalidades y las vivencias humanas de una época. Brindan, a diferencia de otras construcciones, un conocimiento argumentado de lo real.

Nociones como pobreza, desigualdad, exclusión, se han ido naturalizando al punto de hacérselas parte de la constitución esencial del ser humano, fundamento profundo y radical que explicaría lo peculiar de sus comportamientos. Ser humano que deambula como un avatar de la predestinación.

¿Cómo trascender los límites conceptuales inscribiéndolos en la experiencia común?

¿Cómo trazar la frontera de la ciudad? ¿Cómo delimitar los márgenes de la sociedad?

¿Cómo agrupar a una ciudad donde algunos de sus ocupantes que están por todas partes, sin embargo, en tanto ajenos, no están en ninguna?

Los excluidos de “siempre”

“...la violencia no se practica ni se tolera ingenuamente”

Walter Benjamin (1998: 29)

“Siempre”, es la expresión de un tiempo concebido como permanencia, constancia, infinitud, se siente inalterable, inmóvil, pudiendo llegar a ser, por tanto, desesperante, mortal. Es precisamente lo que inquieta de los discursos políticos cuando estas categorías se imprimen en el entramado textual con el que se intenta explicar alguna realidad de la vida cotidiana. Realidad de la vida cotidiana que todo humano da por establecida como tal, no necesitando verificaciones adicionales. Como afirman Peter Berger y Thomas Lukman, “Está ahí, sencillamente, como facticidad evidente de por sí e imperiosa. Sé que es real” (2003:39).

El mundo de nuestra vida cotidiana se estructura en el tiempo tanto como en el espacio. La estructura espacial, como veíamos con la ciudad, tiene una dimensión social dado que “mi zona de manipulación” se intersecta con la de los otros (*ibid.*:43). La temporalidad, propiedad intrínseca de la conciencia junto a la intencionalidad, infunde en nosotros la experiencia interior del fluir del tiempo, que se asocia también con los ritmos psicológicos de nuestro cuerpo. La estructura temporal “...proporciona la historicidad que determina mi

situación en el mundo” (*ibid.*:43-44). Al hablar de lo humano lo que se pone en juego, además, es el reconocimiento de las dimensiones políticas e ideológicas en su rol constitutivo de cierto existente que, lejos de proporcionar un conocimiento de lo real, es la representación de ideales, valores, de relaciones de alianza, económicas, políticas y de posturas ideológicas. Aquí es donde los constructos hábitat y lo humano, hábitat y desarrollo se encuentran, fundándose mutuamente, implicados entre sí, y donde, desde una perspectiva procesual que iría imprimiendo cambios, transformaciones, lo humano sería “...la ideología según la cual habría un profundo común denominador compartido por hombres y mujeres,...” que “los envuelve en un mundo sin clivajes, ni diferencias,...” (Karsz, 2010:20). Hablamos del mundo humano. Un mundo de iguales, como punto de partida. Las diferencias, en todo caso, se establecerían después.

Siguiendo a Pierre Rosanvallon (2015) y para no irnos más lejos, una gran contradicción “subyació a la historia de las democracias capitalistas liberales: la coexistencia de una filosofía igualitaria fundadora de una realidad social marcada por importantes desigualdades” (*ibid.*:132). En un mundo atado a la idea de que todos los hombres fueron creados iguales, las diferencias surgirían gracias al mérito individual y a los talentos heredados. Una lectura errónea y conservadora de las tesis de Darwin, que ejerció una gran atracción en el siglo XIX y contribuyó a naturalizar el hecho de la desigualdad, dio lugar a extrapolaciones hacia una teoría social trasponiendo a la sociedad humana el principio de la selección natural de las especies, consagrando así a los más aptos.

La invocación del talento también desempeñó un papel central en la legitimación de las desigualdades, los escritos de François Guizot (1821) lo ilustran plenamente cuando afirma: “Los hombres son todos de la misma naturaleza, y por eso plenamente semejantes; pero las fuerzas de que está dotada esta naturaleza no están repartidas en todos en las mismas proporciones;...” (citado por Rosanvallon, *ibid.*:125). Desde este punto de vista basado en una jerarquía social, los hombres son claramente desiguales.

Otros autores proclamaron la creencia, incluso, en la desigualdad de las inteligencias y la justicia de un mundo fundado en la jerarquización supuestamente objetiva de los individuos⁷. ¡Y todo esto es ideología!

⁷ Para seguir las consecuencias de esta temática en materia de enseñanza, ver *El maestro ignorante: cinco lecciones sobre la emancipación intelectual* de Jacques Rancière.

Las diferencias entre los semejantes, entonces, tienen un carácter propiamente social y esto hace que no haya igualdad. Esta idea, que interroga sobre el justo alcance que la constituiría, fue empujada y fijada hasta disolverse en la igualdad de derechos.

Esta construcción, igualdad de derechos, aparentemente tan dignificante y meritoria, sin embargo merecería ser revisada en aquellos casos en los que al ejercerla, los sujetos despliegan una marcada tensión que suele derivar en violencia. Walter Benjamin, en su ensayo *Para una crítica de la violencia* (1998) nos ilustra acerca de ello. Analiza casos de violencia activa y otros en los que la violencia se desplaza inconsciente y silenciosamente en comportamientos o acciones hasta dignos del sujeto. Según el autor, cuando a los trabajadores se les garantiza la expresión del derecho fundamental de huelga se les está concediendo, a la vez, un derecho a la violencia. Cuando desde la ley se intenta sustraer la violencia de ciertos comportamientos de los individuos, esa misma violencia amenaza con irrumpir provocadoramente cuando una multitud abriga una simpatía subyacente inconsciente o no en contra del derecho, también en la secreta admiración hacia un criminal, no por sus actos, sino por la voluntad de violencia que representa. Benjamin afirma: “Un comportamiento es violento aun cuando resulte del ejercicio de un derecho. Tal comportamiento podrá considerarse violencia activa cuando ejerce un derecho que le compete para derribar el orden legal del cual deriva su fuerza” (Benjamin, 1998:28).

Argumentar en favor de una sociedad de iguales desconociendo que los incluidos y los excluidos lo son, en la medida que unos y otros comparten los mismos objetivos e ideales, o en la medida que quieren pertenecer al mismo mundo, invisibiliza la inscripción original de la violencia, vacía las ideas de similaridad, de semejante, y refuerza la conclusión de que para terminar con la exclusión debemos aportar inclusión. La violencia participa en la fundación de la exclusión.

Para ser un excluido social habrá que estar, necesariamente, incluido. En palabras de Karsz, se ha de estar apesadado en las mallas de cierta maquinaria de codificación de lo real y tener problemas diversos en términos de empleo, vivienda, vida familiar, escolaridad, etcétera. (Karsz, 2004). La paradoja es, precisamente, que los excluidos de la sociedad están en ella. Si están incluidos, entonces, no se trataría de intentar reinserción alguna sino de facilitarles el acceso a un mejor lugar. Es bien cierto que se puede estar en un no-lugar y esto no refleja la falta de lugar. Al contrario, el no-lugar es claramente un lugar, seguramente no el mejor pero es un lugar. De la misma manera, el

no reconocimiento social, la discriminación, el rechazo son formas -duras, degradantes, desafiliantes- pero específicas de reconocimiento social, de las que habría que debatir de dónde y cómo se originan, de qué problemática social se derivan. Como sugiere Karsz, es preciso saber, en tanto síntoma, a qué responde la exclusión.

Conclusiones

Los investigadores al construir o al hacer visibles sus ciudades, abren caminos que podrán ser retomados desde cualquier otro lugar, en cualquier otro momento, seguros que de lo que se trata en el campo científico es de reescribir desde otra perspectiva lo que ya está escrito.

La ciencia como gran conquistadora del mundo, en la era de la revolución científica empezó a querer explicar cómo ocurren las cosas, a partir de la secularización que inicia la modernidad. Ciencia no es un término científico, es una construcción social que resume, nivela, múltiples dimensiones, registros, presupuestos y objetivos. En otros ámbitos diríamos que algo así es un mito o es Dios. Sin embargo, sabemos que acomodar las teorías y los conceptos desde una dimensión moral donde se impongan reglas y normas que, mediante su aceptación colectiva, sirvan para definir los comportamientos y las relaciones con los otros de este mundo no es hacer ciencia. La sola mención de la presencia de los otros y de la existencia del mundo refiere tangencialmente a la ideología, esa imposible neutralidad que se le exige al científico.

“¿Cómo pretender hacer la ciencia de los presupuestos sin un afán por darse una ciencia de los que uno maneja?” se pregunta Bourdieu en *La miseria del mundo* (1999:528). Y responde que la inocencia epistemológica es el sueño positivista que vela el hecho de que hay una diferencia entre la ciencia que ofrece una construcción sin saberlo y la que “sabiéndolo, se esfuerza por conocer y dominar lo más completamente sus actos, inevitables, de construcción...” y los efectos que éstos producen (*Ibid.*:528).

La narrativa, la ficción, no atienden a la precisión de los hechos ni de los datos sino a otra suerte de dispositivos que intentan transmitir una experiencia de vida que no es un calco ni una reproducción de la realidad. Tanto la verdad histórica como la verdad literaria son

igualmente necesarias para narrarnos, para dudar de las identidades cerradas y de las ideas absolutas y para construir imaginarios.

No es posible, decía Castells (1989), un sistema cultural sin una forma propia de organización del espacio, y para la humanidad esa forma ha sido la ciudad.

¿Es posible una sociedad de iguales? Este sintagma ¿estaría poniendo en juego un ideal?

La naturalización de las desigualdades y de la exclusión para definir nuestras maneras de relacionarnos y actuar frente a los otros y a la naturaleza está construida sobre la violencia. Parecieran ser un mal necesario para el sostenimiento del sistema social. La exclusión es un proceso que exige un tratamiento político cuya respuesta no es la inclusión a secas sino la creación de un nuevo entramado para el desarrollo de ciertas disponibilidades del sujeto que, a partir de la restauración del lazo social se inscriba de otro modo en la textura social.

De todos modos, la exclusión no es patrimonio de los excluidos únicamente, tiene una extraña familiaridad que nos asecha, cualquiera puede sentirla como una amenaza que no cesa de provocarnos.

El sueño con ciudades invisibles, que nos atrapan por su magia, misterios y sorpresas, nos impiden vernos cara a cara con lo que en ellas hay de invivible. De ellas es de mí, de nosotros, de nuestro mundo. Sería mejor despertar!

Bibliografía

Behncke C., R. (2003) "Prefacio. Primeras hojas: La necesidad de conocernos". En Maturana, H. y Varela, F. *El árbol del conocimiento. Las bases biológicas del entendimiento humano*. Buenos Aires: Lumen/Editorial Universitaria.

Benjamin, W. (1998) "*Para una crítica de la violencia*". En *Iluminaciones IV. Para una Crítica de la violencia y otros ensayos*. Buenos Aires: Taurus.

Berger, P. Lukman, T. (2003) *La construcción social de la realidad*. Buenos Aires: Amorrortu editores.

Bourdieu, P. (1999) *La miseria del mundo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Calvino, I. (1999) "Autobiografía de un espectador". En Fellini, F. *Hacer una Película*. Barcelona: Paidós.

Calvino, I. (2006) *Mundo escrito y mundo no escrito*. Barcelona: Siruela.

Calvino, I. (2007) "Nota Preliminar". Conferencia en la Graduate Writing Divisio de la Columbia University de Nueva York, el 29 de marzo de 1983. En *Las Ciudades Invisibles*. Madrid: Siruela.

Calvino, I. (2007) "Las ciudades y el cielo.5". En *Las Ciudades Invisibles*. Madrid: Siruela.

Castel, R. (2004) *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Buenos Aires: Paidós.

Castells, M. (1989) *La ciudad y las masas*. Madrid: Alianza.

Castells, M. (2001) "El poder de la identidad". Vol. II de *La era de la información. Economía, sociedad y cultura*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Dunoyer, C. (1845) "De la liberté du travail. Ou simple exposé des conditions lesquelles les forces humaines s'exercent avec le plus de puissance". Citado en Castel, R. (1997) *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Buenos Aires: Paidós.

Foucault, M. (2018) *Historia de la locura en la época clásica*. Buenos Aires: FCE.

Harvey, D. (1998) *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu editores.

Jameson, F. (1991) *Ensayos sobre el posmodernismo*. Buenos Aires: Ediciones Imago Mundi.

Jameson, F. (2002) *El giro cultural. Escritos seleccionados sobre el posmodernismo 1983-1998*. Buenos Aires: Manantial.

Karsz, S. (comp.) (2004). *La exclusión: bordeando sus fronteras. Definiciones y matices*. Barcelona, Gedisa.

Karsz, S. (2007). *Problematizar el trabajo social. Definición, figuras, clínica*. Barcelona: Gedisa.

Karsz, S. (2010): "¿Qué pasa con lo humano en una sociedad fundada sobre el ideal de 'riesgo cero'? Propuestas parciales para un debate no necesariamente consensual". En *Anuario*. Mendoza: FCPyS, UNCuyo. Disponible en: bdigital.uncu.edu.ar/objetos_digitales/5437/karsz-mill09.pdf

Kuhn, T. (1996) *La tensión esencial. Estudios selectos sobre la tradición y el cambio en el ámbito de la ciencia*. México: Fondo de Cultura Económica.

Maturana, H. y Varela, F (2003) *El árbol del conocimiento. Las bases biológicas del entendimiento humano*. Buenos Aires: Lumen/Editorial Universitaria.

Rancière, J. (2002) *El maestro ignorante: cinco lecciones sobre la emancipación intelectual*. Barcelona: Editorial Laertes.

Rosanvallon, P. (2015) *La sociedad de iguales*. Buenos Aires: Manantial.

Vázquez, V. (2010) *Los retos de la ciudad contemporánea*. Disponible en: polired.upm.es/index.php/boletin_cfs/article/view/2669